En nombre de esa divinidad los pontífices han hecho subir a la hoguera a Juana de Arco, a Giordano Bruno, a Esteban Dolet, a Juan Huss y tantas otras heroicas víctimas; han condenado a Galileo y bendecido la matanza de San Bartolomé; los estandartes de Mahoma han cubierto la Europa con ejércitos de asesinos, y Gengiskhan y Tamerlán señalaban las rutas de sus conquistas con pirámides de cabezas humanas.

Es cosa estraña que el hombre, tan grosero, tan salvaje, tan bárbaro aun, apenas salido del caparazon de la ignorancia primitiva, incapaz hasta de conocer su propio cuerpo, habiendo apenas empezado a deletrear el gran libro del universo, haya tenido de buena fe la osadía de crear dioses. No conoce su hormiguero, y ha tenido la pretension de descubrir lo *Incognoscible!* En una época en que no se conocía absolutamente nada; en que la astronomía, la física, la química, la historia natural, la antropología, no habían nacido aun; en que el espíritu débil y turbado no estaba rodeado sino de ilusiones y de errores, la audacia humana ha concebido las religiones reveladas y los dioses encargados de regirlas.

Los fundadores y organizadores de los ritos religiosos pusieron sobre cada culto un ideal en cuyo nombre pretendían dominar; en ello se puede reconocer una obra útil desde el punto de vista social, siquiera su valor no vaya mas allá, y no tenga otro fin que el interés general de la sociedad y de los hombres.

Pero que estos dioses inventados por los hombres hayan sido considerados como existiendo realmente en el cielo,—por otra parte absolutamente imaginario, y destruído desde las primeras conquistas de la astronomía;—que hayan sido y que sean aun adorados por una parte del género humano, y que en nuestra época haya jefes de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.